

de Ayutla. La transmisión de ese cojo conocimiento daba a pensar que esa época era, como en las historias familiares vergonzosas, algo que los niños y los jóvenes no debían conocer.

Pero pronto el Centro de Estudios Históricos puso a sus mejores plumas a desbrozar terreno tan azaroso, y de esa actividad resultaron, entre muchos otros productos, la *Historia general de México*, obra que se ha mantenido en una sorprendente actualización evolutiva que ya ha pasado de una generación a otra. Debo decir que todos los interesados en estos asuntos la recibimos con beneplácito, así como su curiosa y compacta versión, la *Historia mínima de México*. Dentro de esta escuela, Josefina Zoraida Vázquez recogió el reto de algunos de sus colegas que criticaban el quehacer histórico como algo que se hacía exclusivamente bajo la lupa del “centro” y se ha empeñado en hacer obras colectivas que bajan la perspectiva a las regiones y a los estados. Tres grandes aportaciones, sin duda, son estos dos libros sobre el primer federalismo y el que versó sobre lo sucedido en los estados cuando la invasión estadounidense, que también coordinara la doctora Vázquez. Toda una labor que justificadamente podríamos calificar de descentralización histórica.

Luis Medina Peña

Centro de Investigación y Docencia Económicas

FLORENCIA GUTIÉRREZ, *El mundo del trabajo y el poder político. Integración, consenso y resistencia en la Ciudad de México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2011, 274 pp. ISBN 978-607-462-273-7

La articulación de la historia social y de la historia política ha devenido en enfoques e interpretaciones novedosas. La necesi-

dad de reflexionar sobre acontecimientos pasados, considerando otras perspectivas, resulta imprescindible si se busca comprender una historia más humana y menos broncínea; una historia vigente y conveniente para entender los tiempos que nos determinan. El libro de Florencia Gutiérrez, *El mundo del trabajo y el poder político* se enmarca dentro de esta corriente interesada en abrir nuevas ventanas hermenéuticas, en donde lo social y lo político convergen en un espacio en constante transformación.

Como resultado de una investigación inteligente y bien estructurada, la autora sugiere el análisis de un diálogo concertado, necesario para ubicar la consolidación de un régimen que ensordeció con el pasar de los años. La existencia de una interlocución establecida entre la clase trabajadora urbana (artesanos y obreros) y el poder político (representado por el gobierno de Manuel González y por los primeros gobiernos de Porfirio Díaz) se presenta como la idea central del libro.

Es importante señalar que, aunque a lo largo del estudio se aborda de manera general a la clase trabajadora urbana, la investigación gira particularmente en torno de aquellos trabajadores que desarrollaban sus actividades de manera manual. Por lo tanto, se excluyen del análisis de otros sectores sociales que también formaron parte de esa clase trabajadora, con la diferencia de que desarrollaron un trabajo más intelectual; tal fue el caso de profesionales, empleados públicos y privados, pequeños comerciantes y pequeños propietarios, quienes han quedado relegados de análisis historiográficos y merecen una atención particular.

Si bien, la propuesta de Florencia Gutiérrez empata con las reflexiones hechas hasta ahora por Carlos Illades, y con estudios interesados en la formación de la clase trabajadora mexicana,¹

¹ Dentro de los estudios de Carlos ILLADES que abordan el mundo del trabajo en la primera mitad del siglo XIX interesan los siguientes: *Hacia la república del trabajo: artesanos y mutualismo en la ciudad de México, 1853-1876*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1996 y *Estudios sobre*

la originalidad de la obra que hoy nos ocupa radica en la atención puesta en el engranaje político que cimentó las bases de un sistema en tránsito entre la integración y la disolución social de fines de 1870 y mediados de 1890. Con un enfoque auténtico, la autora considera una serie de mecanismos, experiencias y disciplinas —consensuadas y resistidas— por medio de las cuales se vincularon la esfera de lo social y la de lo político en una época de transición.

De este modo, las reflexiones y los problemas planteados en el libro invitan al lector a situarse en una circunstancia de cambio, en un puente interpretativo en donde los dos extremos que lo apuntalan se conectan por medio de conciliaciones, negociaciones y oposiciones convenientes para el funcionamiento de la maquinaria hegemónica. Florencia Gutiérrez divide su estudio en tres apartados generales, los cuales se pueden particularizar en los siguientes asuntos: mutualismo, manifestaciones públicas y moralización. Los tres ejes que componen el análisis concurren en la idea de representar los mecanismos que permitieron la interacción entre dos mundos que parecían lejanos, cercanos ahora bajo esta mirada sugestiva.

Es así como en la primera parte se enfatizan las coyunturas que se fueron creando para que el poder político capitalizara e institucionalizara las bases organizativas de los trabajadores urbanos, estableciendo una serie de redes que lograron afianzar y sostener

el artesanado urbano del siglo XIX, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Miguel Ángel Porrúa, 2001. Igualmente destaco estudios como el de Sonia PÉREZ TOLEDO, *Los hijos del trabajo. Los artesanos de la ciudad de México, 1780-1853*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1996; Clara LIDA y Sonia PÉREZ TOLEDO (comps.), *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Miguel Ángel Porrúa, 2001, y el de Vanesa TEITELBAUM, *Entre el control y la movilización. Honor, trabajo y solidaridades artesanales en la ciudad de México a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2008.

al régimen de Díaz. Esta asimilación se verá reflejada con la reactivación del Congreso Obrero de 1879, institución que logró consolidarse como la única confederación nacional de trabajadores de fines del siglo XIX, y con el fortalecimiento de la Convención Radical Obrera, la cual, a partir de 1886, se convertiría en el brazo político porfiriano vinculado con el mundo del trabajo.

Con la asimilación de líderes obreros relacionados con el general, dichas “exitosas instancias de sumisión e integración”, como las llama Florencia Gutiérrez, lograron contener, hasta cierto punto, a un grupo social heterogéneo cuya conciencia de clase estaba en ciernes. Como resultado de la nueva subordinación del mundo del trabajo a los intereses del presidente, las reelecciones subsiguientes de Díaz contaron con el soporte de una red sólida y cerrada que se fue urdiendo a lo largo del régimen. La autora señala que, debido a esta vinculación con el Estado, gran parte de los trabajadores urbanos permanecieron ajenos a posturas anarquistas y socialistas, y desvinculados de una política partidaria presente en otras latitudes; serán, en los años de estudio, sujetos sociales desmovilizados.

El panorama de la primera parte concluye situando al lector en un espacio de coacción y manipulación representado por las fiestas y celebraciones patrias. Se plantea que dichas escenificaciones fueron útiles para mostrar el vínculo de lealtad y sujeción de los socios mutualistas hacia el presidente de la República; representan espacios acotados, en donde la espontaneidad del festejo se someterá a la expresión de los ideales y valores porfirianos.

De las conmemoraciones pasamos a las movilizaciones públicas. Como bien se hilvana en el segundo capítulo de la obra, existirán circunstancias específicas en las cuales, estrategias de negociación y resistencia determinarán la relación entre el mundo del trabajo y el poder político. La segunda parte del análisis ocurre en la toma de las calles; en tres momentos particulares que nos permiten comprender el cambio de postura de un gobierno que, en

un principio integró y consensó, pero que con el paso del tiempo sometió y reprimió a sus adversarios. Las tres manifestaciones públicas desmenuzadas en dicho apartado son: el motín en contra del establecimiento de la moneda de níquel en diciembre de 1883, la manifestación en donde obreros, estudiantes y periodistas (grupos sociales que merecen un estudio aparte) se unieron en contra de la conversión de la deuda inglesa en los últimos meses de 1884 y el movimiento antirreeleccionista de 1892 en donde obreros y estudiantes nuevamente convergieron en un mismo reclamo, en esta ocasión, la permanencia de Díaz en el poder.

La interpretación que hace Florencia Gutiérrez sobre las protestas referidas permite conocer la trascendencia de las manifestaciones públicas como formas de expresión de malestares concretos, en momentos en donde un discurso de orden, paz y progreso comenzaba a enarbolarse. Las respuestas que enlazan el segundo apartado — guiadas por las preguntas ¿cuándo y por qué los trabajadores ocuparon el espacio público para manifestar su desacuerdo con el poder? — refieren a la necesidad que tenían los trabajadores de manifestarse en momentos coyunturales donde se ponía en riesgo su subsistencia. Más allá de tomar las calles como una estrategia para mejorar sus condiciones de trabajo o patentizar reclamos laborales, Florencia Gutiérrez concluye que las movilizaciones se llevaron a cabo justificadas por el derecho que tenían los trabajadores de intervenir en asuntos de índole pública, como interlocutores legítimos, y no tanto por la presencia de una conciencia de clase. Es así como grupos heterogéneos son convocados en las principales plazas públicas para expresar su inconformismo.

Valiéndose de testimonios tomados de la prensa y de una minuciosa búsqueda documental, la autora recrea los escenarios de las manifestaciones públicas mencionadas. Nos presenta a los actores, sus motivos, sus fines y sus intenciones al tomar las calles y hacer de ellas la tarima para lograr acuerdos. Como lo demuestra el análisis, en ocasiones la negociación fluirá beneficiando a los quejo-

sos, pero en otras, la intención de coincidir se romperá en cuanto hace acto de presencia la fuerza pública sometiendo y reprimiendo a los manifestantes. La propuesta de la autora es novedosa, pues recrea manifestaciones de descontento conocidas pero poco analizadas desde el enfoque que ella sugiere. Son circunstancias de negociación en donde se va cimentando una cultura de la protesta, necesaria como contrapeso de políticas autoritarias.

De esta manera, coincide con la idea de analizar las protestas callejeras como piezas medulares de una esfera pública en construcción y con lo que Hilda Sabato — para el caso argentino — ha categorizado como una “cultura de la movilización” en desarrollo.² Analizar las manifestaciones desde esta óptica permite ubicarlas como espacios de negociación necesarios para contrarrestar imposiciones gubernamentales; las calles y las plazas principales se convirtieron en el escenario idóneo en donde la demanda, la denuncia y el malestar político y social se pronunciaron.

A fines del siglo XIX el discurso fue cambiando, de la negociación se pasó a la represión y al intento de contrarrestar algún indicio de disconformidad con el gobierno. A pesar de los mecanismos coercitivos utilizados por el poder político para intimidar a los opositores, existió una serie de prácticas que, de manera velada, resistían y contravenían los imperativos moralizadores porfirianos. Ese es el tema de la tercera y última parte del estudio en donde se puntualiza una serie de proyectos liberales dirigidos a disciplinar a artesanos y a obreros. Con la ayuda de la dirigencia artesanal, de las mutualidades y de la prensa obrera se promovió una serie de modelos de conducta ideales para los trabajadores urbanos, quienes, como representantes del progreso industrial del país, debían cambiar ciertos hábitos contrarios a las expectativas modernizadoras de la época.

² Hilda SABATO, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización política. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 185.

Tal como lo señaló la autora, para que se implementara una disciplina laboral moderna era necesario transformar ciertas conductas que retrasaban el avance de dicho grupo social. Los proyectos asumidos por las élites porfirianas iban dirigidos a modificar la higiene y la apariencia, a controlar el alcoholismo, a restringir el trabajo artesanal en las calles, así como a censurar ciertos espacios de diversión popular (como los jacalones o teatros provisionales) con la intención de adecuar al mundo del trabajo a la imagen de orden y progreso que se quería proyectar.

De acuerdo con Florencia Gutiérrez, el orden público debía conseguirse mediante la moralización de los cuerpos y de las conductas de las clases trabajadoras, las cuales asimilaban y resistían los embates de prácticas que intentaban suprimir sus costumbres y sus tradiciones “incivilizadas”. La intención se dirigió a homogeneizar y a moralizar a un grupo diverso para que su manipulación se facilitara.

Lo interesante del último capítulo es que la autora exhibe una serie de experiencias de resistencia que contravinieron los proyectos de la élite gobernante. A diferencia de los capítulos anteriores, en los cuales se observa la injerencia que tuvo el poder político en las organizaciones mutualistas, en las formas de institucionalizar las asociaciones obreras y en las estrategias para coaccionar las manifestaciones públicas, el análisis concluye con las “victorias” de resistencia del mundo del trabajo. Es decir, a pesar de los proyectos moralizadores, los artesanos y obreros mantuvieron el San Lunes, continuaron bebiendo y adoptaron nuevos espacios de diversión y socialización. Las prácticas que intentaron modificarse, prevalecieron.

Entre la integración, el consenso y la resistencia, el mundo del trabajo y el poder político establecieron una interlocución interpretada de manera sugerente por Florencia Gutiérrez. Si bien, la formación de la clase trabajadora en México a fines del siglo XIX es un tema recurrente, la manera en la que la autora lo problematizó

y lo resolvió es lo que aleja a este libro de lo común. Es un estudio auténtico que provoca nuevos cuestionamientos y que plantea un enfoque diferente para comprender la trascendencia de prácticas añejas que no pierden presencia y que pueden observarse, con sus respectivos matices, hoy día en el país.

Es necesario problematizar acontecimientos pasados buscando respuestas que dialoguen entre lo social y lo político. Florencia Gutiérrez con su estudio apuntala y sugiere nuevas miradas que enriquecen una época coyuntural. Su enfoque da claridad a la relación entre los mecanismos que se pusieron en práctica, para que el mundo del trabajo y el poder político dialogaran en un espacio urbano como lo fue la Ciudad de México de fines del siglo XIX.

Los tiempos que corren obligan a los historiadores a tender puentes interpretativos útiles para que la reflexión transite y cuestione las realidades que nos determinan. Vale la pena asomarse a esta ventana interpretativa, a través de la cual podemos observar los alcances y la trascendencia de una historia donde lo social y lo político se vinculan, con la finalidad de escuchar otras voces que complementan e invitan a la reflexión.

Ivette Orijel

Universidad Nacional Autónoma de México

DANIEL KERSFFELD, *Contra el imperio. Historia de la Liga Anti-imperialista de las Américas*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2012, 328 pp. ISBN-13 978-607-03-0365-4

Este libro forma parte de un renovado interés por hacer una historia de la izquierda latinoamericana sin los mitos, ficciones y silencios a los que estábamos acostumbrados. De hecho, en muchos